

DISERTACION

sobre los antecedentes y consecuencias de la independencia de Antioquia

Señores:

Es el objeto de esta sesión solemne de las Academias Antioqueñas de Historia, Jurisprudencia y Medicina, conmemorar la fecha en que la villa de Medellín se adhirió a la declaratoria de independencia absoluta de España, firmada en la capital de la Provincia de Antioquia el 11 de agosto de 1813; y en tal celebración cumple a la índole de aquellas corporaciones analizar en su esencia y sus efectos el acontecimiento que se conmemora. Débese a esta circunstancia, y a la de corresponder la iniciativa de esta solemnidad, por la naturaleza de los hechos, a la Academia de Historia, que tengo el honor de presidir, el que haya de dirigiros hoy la palabra el menos competente de los académicos congregados aquí.

Para apreciar la trascendencia de nuestra independencia de España, precisa conocer lo que era, cuando la proclamó, la Provincia de Antioquia; considerar la reacción moral y los hechos heroicos que aquel acto imprevisto y audaz inspiró a sus pacíficos y tímidos moradores; y señalar los progresos sorprendentes, así en lo político como en lo económico y social, a que ha dado lugar en el curso de un siglo.

Consistía la población de Antioquia, antes de la conquista, en tribus bárbaras, de valor indomable, diseminadas en este laberinto de montañas; y sólo incitados por el cebo de los veneros auríferos, que ya los aborígenes explotaban rudimentariamente, hallaron ánimo los ejércitos de aventureros codiciosos y audaces para penetrar en tierra tan ingrata, diezmados por los combates y las dificultades materiales, y para mantenerse en ella, en lucha continua con sus legítimos dueños.

Estas mismas circunstancias hicieron que una Provincia, que produjo ingentes riquezas mientras hubo en ella minas de fácil laboreo e indios que las trabajasen sin remuneración, bajo la tiránica institución de las encomiendas, permaneciese pobre y atrasada durante los dos siglos y medio que perduró el régimen colonial; porque bienes tan rápidamente adquiridos, sin que quedase parte alguna de ellos adherida al terreno, y de tan fácil transporte, inducían a sus poseedores a ir a disfrutarlos en España, o en las ciudades prósperas del Virreinato, donde podían gozar de una vida social relativamente avanzada.

Cuando los trastornos producidos en España por las guerras napoleónicas provocaron la insurrección de las colonias americanas, era la Provincia de Antioquia una de las más pobres y atrasadas. Su población, según el censo de 1807, ascendía apenas a 107,000 habitantes, divididos en castas hondamente separadas. El elemento blanco, en número de 27.340 personas, estaba compuesto, por una parte, de la escasa y orgullosa aristocracia que formaban las familias de los hidalgos que capitanearon a los conquistadores y de los funcionarios públicos venidos posteriormente de España; y por otra, de los descendientes de los soldados de la conquista, y de labradores españoles que la sed de oro había ido trayendo hasta aquí, pobres y maltrechos; casta llana

y humilde, que se sustentaba con rudo trabajo. Trece mil negros africanos que gemían en la esclavitud, y 4.800 indios, a quienes se mantenía aislados, como lazarinos, en poblaciones especiales, completaban los elementos étnicos puros. El resto de la población, que ascendía a más de la mitad, eran mestizos de diversos matices.

También tenemos datos precisos sobre la riqueza pública de la Provincia dos años antes de la declaratoria de independencia. Los víveres y ganados que se consumían en un año valían \$ 325.000. que sumados con \$ 1.200.00, valor del oro que se extraía, dan 1.525.000 pesos como producción total.

De esto, poco o nada quedaba a los habitantes para aumentar su riqueza; porque, no alcanzando para el consumo los productos de la agricultura y ganadería, era preciso importar tabaco de Ambalema, cacao de Neiva y Timaná, harina de Cundinamarca, cerdos y mulas del valle del Cauca. El oro que se producía apenas si alcanzaba para pagar estas importaciones, y las de telas burdas de Quito y el Socorro para el vestido de los vecinos, tan pobre y deficiente, que los Oficiales reales, en un informe rendido 27 años antes, decían al Rey que la desnudez de aquéllos "era casi general y deplorable"; y para satisfacer las contribuciones de todo género, que, inclusive los diezmos, ascendían a cerca de \$ 300.000 anuales, es decir, al 20 por ciento del total producido.

Cosa sorprendente: esta Provincia tan pobre y despoblada era desde entonces la que mayores rentas producía al Virreinato. Verdad es que ya en aquellos tiempos se la oprimían con gravámenes especiales, so pretexto de "ser tierra de oro"; y mientras las otras Provincias pagaban el tabaco, que estaba estancado, a 4 reales la libra, aquí se vendía a 8.

Para disipar toda duda de que el oro que producía Antioquia, a principios del siglo pasado, se consumía casi íntegramente en pagar contribuciones y satisfacer las más apremiantes necesidades, basta considerar que el costo de los transportes representaba casi siempre un valor mayor que el precio inicial de los artículos importados; tal era el estado de los caminos. Sólo en dos de los que cruzaban la Provincia, y en estaciones favorables, podían emplearse las acémilas; y lo usual era transportar a los viajeros y las mercancías a espaldas de hombre. Es notorio que por no imponer esta humillación a uno de sus semejantes, desistió el Barón von Humboldt de visitar a Antioquia.

En tales condiciones, no es de extrañar que una hambre desastrosa, que duró desde 1807 hasta 1809, y que costó la vida a centenares de personas, hubiese acabado de hundir a la Provincia en la más triste miseria.

Si un Gobierno que casi no tenía más mira en sus colonias que el procurarse pingües rentas, mantenía en tal abandono el adelanto material de Antioquia, cuyo fomento habría sido medio seguro de acrecentar aquéllas, fácil es colegir cuál sería el estado de todo lo que dice relación con el desarrollo intelectual. Basta saber que no había imprenta ni colegio en toda la provincia (pues el que habían fundado los Jesuítas se suprimió en tiempo de Carlos III), y apenas si funcionaban sendas escuelas elementales en las cuatro poblaciones principales; y que los vecinos de las otras ocurrían, cuando podían, y a su costa, a maestros ambulantes e ineptos para enseñar las primeras letras a sus hijos. Tal cual familia pudiente mandaba a alguno de sus miembros a educarse a Santafé.

Sólo me resta, para completar este cuadro desolador, decir algo sobre el carácter de mis compatriotas a fines del siglo antepasado y principios

del pasado; y para ello habré de ocurrir al testimonio de los contemporáneos, y de quienes, como el doctor Mariano Ospina Rodríguez, alcanzaron a conocer, ya ancianos, a los hombres de aquellos tiempos.

El Oidor Mon y Velarde, tan benévolo para con Antioquia, que fue quien como Gobernador de ella durante tres años puso las bases de su progreso, en informes oficiales de fines del siglo XVIII, describe a los antioqueños como "hombres bien hallados con su pobreza y desdicha, que todo lo ejecutan por imitación y desprecian cuanto tiene visos de novedad, poseídos de idiotismo y preocupaciones". En otra parte declara que esta Provincia es la más atrasada del Reino; y en ello concuerda con los Oficiales Reales, en el informe que antes cité, donde dicen que "la Provincia de Antioquia por su despoblación, miseria y falta de cultura sólo es de compararse con las de Africa".

Esto en cuanto al atraso y apocamiento. Al doctor Ospina sólo apelaré en lo que se refiere a la capacidad en que podían estar los antioqueños de apreciar y secundar el gran cambio político que había de tener lugar en 1810. Dice aquél, en su Biografía del Dr. José Félix de Restrepo: "Eran los habitantes de esta región profundamente religiosos. La fe católica domaniba en absoluto en todos los ánimos. . . . No se sospechaba siquiera que una teoría filosófica o política pudiera entrar en competencia con ella para dirigir las acciones de la vida pública o privada" "Este país obedecía a un Rey absoluto, que vivía en Madrid, a más de dos mil leguas de aquí; pero los actos despóticos de aquel monarca no afectaban inmediatamente la persona ni la propiedad del habitante de estas montañas; por eso la Autoridad a nombre del Rey era respetada y querida. . . . Si una facción hubiese intentado resistir o combatir a la Autoridad, la po-

blación entera, a la voz de **Aquí del Rey**, hubiera acudido solícita a prestar mano fuerte al Magistrado.....”

Estos que he descrito eran los hombres que en Agosto de 1810 iban a verse sorprendidos por la declaratoria de independencia del poder español, hecha por los letrados de la Provincia, educados en Santafé y casi todos doctores; declaratoria que traía por consecuencia forzosa la resistencia a mano armada a los representantes del poder real, que se consideraba no sólo como emanado del divino, sino como conjunto e inseparable de éste. Nadie podía imaginarse que aquéllos, en su poquedad, en su pobreza, en sus hábitos de tranquila sumisión continuados por dos siglos y medio, salvo los motines del tiempo de los **Comuneros**, fuesen capaces de arrosar tan inesperada situación; pero había en el carácter de esos pobres y humildes montañeses una nota dominante, que hasta entonces sólo se había manifestado en su vida y relaciones privadas, rasgo que hoy mismo subsiste, quizás acrecentado, y que ha hecho que se les llame “pueblo de dura cerviz”: un sentimiento profundo de altiva dignidad y de celosa independencia. Por eso vamos a ver convertirse en un día aquella Arcadia feliz en un pueblo de guerreros incansables; y es este el primer efecto glorioso y sorprendente de los acontecimientos que hoy conmemoramos.

Bien se percataban los hombres dirigentes de la época de la dificultad que acabo de apuntar, y por eso, en la Constitución que expidieron, cada artículo importante contiene las razones y considerandos en que se funda, de suerte que más que la carta fundamental de un pueblo consciente que se emancipa, parece aquélla un tratado de Derecho Público; y por eso, también, aquellos novísimos revolucionarios a la vez que consignaban en la ley to-

dos los derechos del hombre recientemente proclamados por la revolución francesa, ponían expresamente al Estado bajo la protección de la Inmaculada Concepción, y principiaban todas sus sesiones cantando, prosternados, el himno **Veni Creator**. Cuadro encantador, que revelaba a un mismo tiempo la perspicacia y la buena fe de nuestros padres conscritos!

Los pueblos de Antioquia, que habían secundado sin vacilación la declaratoria de independencia, y jurado la Constitución de 1812, tuvieron tiempo, en el corto período de relativa calma que siguió a estos acontecimientos, para penetrarse de la legitimidad de los derechos que habían reivindicado y de terribles deberes que tal reivindicación les acarrea; y cuando, en 1813, llegaron las noticias de haber sido ocupado Popayán por las fuerzas de Sámano y de que este caudillo sanguinario se preparaba para invadir nuestra provincia, al mismo tiempo que las fuerzas realistas de Santa Marta la amenazaban por el Norte, los rústicos y tímidos montañeses que os hice conocer, embriagados ya con el goce de la ciudadanía, se levantaron como leones enfurecidos, para defender sus fueros y derechos. Eligieron Dictador al intrépido y diligente D. Juan del Corral; como un reto de muerte a la realeza peninsular proclamaron la independencia absoluta: y se dieron sin demora a organizarse militarmente. Empieza aquí la epopeya sangrienta que había de durar siete años; y es este el momento solemne y decisivo de nuestra emancipación. Por eso lo estamos celebrando con todo el entusiasmo de que es capaz la gratitud para con nuestros mayores, que, por legarnos el título de ciudadanos libres, abandonaron sus tranquilos y sonrientes hogares, para arrostrar los terribles azares de la guerra.

No habré de narraros punto por punto aque-

lla lucha obstinada, y me limitaré a sintetizarla en unos cuantos párrafos.

Para militarizar de un momento a otro la pacífica Provincia, donde hacía dos siglos que no se combatía, se presentaban inconvenientes al parecer insuperables. Donde la guerra estaba proscrita, no había armas, ni jefes y oficiales aguerridos que disciplinasen los soldados; y en un pueblo siempre pobre, y recientemente azotado por una hambre de tres años, faltaban los recursos y las municiones de boca para movilizar ejércitos. Nada de esto fue óbice para quienes estaban resueltos a llevar al último extremo la defensa de sus derechos.

Bajo la dirección de Caldas el sabio, emigrado de Popayán, se fundaron maestranzas para fabricar cañones, obuses, pólvora, lanzas, espadas y aun fusiles: hasta las campanas de los templos se convirtieron en piezas de artillería que fueron a servir a Nariño en su homérica campaña. Otros de los emigrados se ofrecieron para instruir a los oficiales y soldados.

En cuanto a los fondos, las caballerías y las municiones de boca, los particulares acomodados suplieron durante toda la guerra las deficiencias del Erario. Hubo quiénes sostuvieran a su costa compañías enteras por varios meses. El Clero y los feligreses de las parroquias se desprendían voluntariamente de aquello que consideraban más sagrado, las alhajas destinadas al culto; y el Vicario Capitular de la Diócesis entregó al Gobierno más de cien mil pesos de esta procedencia. Pero nada es tan conmovedor como lo que ocurrió en Sonsón, entonces incipiente aldea: habiéndose pedido un contingente de 40 hombres todos los mozos capaces de llevar las armas se apresuraron a alistarse, mas como fuese imposible armar tanta gente, los que quedaron defraudados en su patriótico propósito se ofrecieron a sustentar con su trabajo las familias de los favorecidos.

A pesar de los ingentes gastos que Antioquia hacía directamente en la guerra y que en sólo los dos años de 1814 y 1815, pasaron de \$ 337.000 — en medio de su pobreza — no descuidaba el proveer de recursos al Gobierno General, y ya veremos que el General Santander declara haber recibido en barras de oro más de \$ 400.000. A raíz del 20 de julio de 1810., cuando la República peligraba por falta de recursos, solamente Antioquia y Cundinamarca contribuyeron con los fondos requeridos para la compra de armas.

Ya esta Provincia había enviado, en 1812, una expedición en auxilio de Nariño; pero la primera de importancia que expidió fue la de 300 hombres, a órdenes del Coronel José María Gutiérrez, apellidado el **Fogoso**, en 1813. De allí en adelante Antioquia se convierte en semillero inagotable de soldados; y numerosos cuerpos de ejército salen a campaña, bajo las órdenes de Serviez, de Córdoba y de otros jefes menos conocidos; sin contar los que hubieron de atender a la defensa local. Bien puede asegurarse que no hubo, en la guerra magna, un solo campo de batalla donde los antioqueños no derramasen su sangre en defensa de la independencia nacional.

Y por cierto que su conducta en los combates no era la que podía esperarse de los tímidos y humildes montañeses de fines del siglo XVIII. Córdoba, General a los 22 años y declarado por Sucre “vencedor en Ayacucho”; Girardot, adolescente a quien Bolívar proclama émulo de Leonidas, cuando con 75 hombres, que quedaron todos fuera de combate, osó aguardar y vencer al enemigo, en número de 2.000, en el puente de Palacé; Liborio Mejía, que en la Cuchilla del Tambo, con los últimos restos del ejército libertador, que estaban bajo su mando, se lanza contra las trincheras enemigas sin esperanza de vencer, y con el único propósito de sellar con un sa-

A pesar de los ingentes gastos que Antioquia hacía directamente en la guerra y que en sólo los dos años de 1814 y 1815, pasaron de \$ 337.000 — en medio de su pobreza — no descuidaba el proveer de recursos al Gobierno General, y ya veremos que el General Santander declara haber recibido en barras de oro más de \$ 400.000. A raíz del 20 de julio de 1810,, cuando la República peligraba por falta de recursos, solamente Antioquia y Cundinamarca contribuyeron con los fondos requeridos para la compra de armas.

Ya esta Provincia había enviado, en 1812, una expedición en auxilio de Nariño; pero la primera de importancia que expidió fue la de 300 hombres, a órdenes del Coronel José María Gutiérrez, apellidado el **Fogoso**, en 1813. De allí en adelante Antioquia se convierte en semillero inagotable de soldados; y numerosos cuerpos de ejército salen a campaña, bajo las órdenes de Serviez, de Córdoba y de otros jefes menos conocidos; sin contar los que hubieron de atender a la defensa local. Bien puede asegurarse que no hubo, en la guerra magna, un solo campo de batalla donde los antioqueños no derramasen su sangre en defensa de la independencia nacional.

Y por cierto que su conducta en los combates no era la que podía esperarse de los tímidos y humildes montañeses de fines del siglo XVIII. Córdoba, General a los 22 años y declarado por Sucre “vencedor en Ayacucho”; Girardot, adolescente a quien Bolívar proclama émulo de Leonidas, cuando con 75 hombres, que quedaron todos fuera de combate, osó aguardar y vencer al enemigo, en número de 2.000, en el puente de Palacé; Liborio Mejía, que en la Cuchilla del Tambo, con los últimos restos del ejército libertador, que estaban bajo su mando, se lanza contra las trincheras enemigas sin esperanza de vencer, y con el único propósito de sellar con un sa-

crificio heroico la campaña desgraciada de los 4 años, y paga luégo en el patíbulo su audacia; el Coronel Carlos Robledo condecorado con un escudo de oro por el Congreso de Cúcuta, por la derrota que con 30 hombres infringió a los 200 de Tolrá; Baltasar Salazar que después de haber vencido con su elocuencia, en vísperas de la batalla de Tacines, la flaqueza de algunos oficiales, merece luégo que Nariño bañe con lágrimas su cadáver en el campo de batalla; Fabián Jiménez, que habiendo emigrado a Europa después del desastre de la Cuchilla, llegó a ser Capitán de Fragata, en Francia, bajo el reinado de Luis XVIII; Modesto de Hoyos, a quien acompañó en todas las campañas su noble esposa doña Margarita de Urrea; Juan Antonio Gómez, que llegó a ser Gobernador de la Provincia de Santa Marta; todos estos gallardos militares, cuyas hazañas conserva la historia con orgullo, no son sino los representativos de una generación de héroes modesta y oscuramente sacrificados a la Libertad. Es fama que de 125 hombre que partieron, en 1813, del cantón de Marinilla, tan sólo 10 volvieron a sus hogares.

Mas no solamente como militares descollaron los antioqueños en aquella época gloriosa, que de estas remotas montañas salieron a desempeñar los más altos cargos civiles, Liborio Mejía, último Presidente de las Provincias Unidas de Nueva Granada; José Manuel Restrepo, el concienzudo historiador de la guerra magna, primer Secretario de Bolívar y Santander; Francisco Antonio Zea, Vicepresidente de la Gran Colombia y Presidente del Congreso de Angostura; José Félix de Restrepo, el insigne filósofo, modelo perpetuo de todos los Magistrados colombianos.

El hálito de la Libertad despertó como por encantamiento el tino político y el acierto administrativo que de entonces para acá han caracterizado a

los hijos de la Montaña. Los que tantas veces han sido acusados de separatistas y regionalistas, reconocieron en 1813 el centralismo, cediendo poder y cuantiosos recursos al Gobierno Nacional, y fueron los únicos, con los habitantes de la provincia de Cartagena, que propusieron la creación de un gobierno unitario de todas las Provincias del antiguo Virreinato, medida que, según el historiador Restrepo, habría evitado la reconquista por las fuerzas españolas. Y cuando la lucha entre federalistas y centralistas, que puso en peligro la independencia nacional, no sólo no tomaron parte en ella sino que la improbaron expresamente.

La reconquista, conocida con el nombre de la **pacificación**, que Morillo y sus subalternos llevaron a cabo en 1816, no quebrantó el ánimo de los antioqueños, y sólo cedieron al empuje de Warleta después de reducir a cenizas, cual nuevos saguntinos, a la ciudad de Remedios, y de dejar más de 100 cadáveres en el campo de La Ceja Alta; mas tan pronto como el triunfo de Boyacá abrió nuevos horizontes a los patriotas, emprendieron la campaña contra los invasores con mayor entusiasmo que antes, y fue entonces cuando Doña Simona Duque de Alzate, emulando a las viriles espartanas, presentó en un mismo día, al General Córdoba sus cinco hijos varones, para que fuesen con el invicto Jefe y con todos los otros antioqueños que se hallaron capaces de llevar armas — después de hacer la campaña del río Magdalena — a tomar parte en el legendario sitio de Cartagena, donde, según un historiador, “los antioqueños realizaron prodigios de valor”.

Para concluir esta segunda parte de mi disertación, relativa a la acción de Antioquia durante la guerra de emancipación, cedo el campo al autorizado e imparcial General Santander, quien en carta de 26 de septiembre de 1820 dice al Libertador: “Instaré a Antioquia por los \$ 24.000, para los 2.000

fusiles. Esta Provincia no quisiera que diera ya un hombre. Más de 2.000 le hemos sacado. Es la Provincia de donde no he recibido todavía un reclamo por los empréstitos, reclutas y órdenes fuertes; y ya le hemos sacado cerca de \$ 400.000 en barras de oro. Ud. desengañese, mi General; Cundinamarca, el Socorro, Tunja, Bogotá y Antioquia son las que han dado ejército y numerario, y lo que se puede llamar Colombia". Nótese que las cifras que da el General Santander se refieren únicamente al último período de la guerra.

Dejemos ya los desoladores combates, las ciudades incendiadas, y los hogares entristecidos, para considerar los frutos de bienestar y de progreso que el grito de independencia ha traído a esta amada tierra en el curso de un siglo. Vosotros, que conocéis ya la triste situación en que el gobierno colonial la mantenía, los estáis contemplando, en esta selecta reunión de hombres libres, cultos e ilustrados, favorecida con la presencia de los representantes de las grandes naciones del mundo y de todas las entidades que honran y ennoblecen a la patria.

Antioquia la inculta, la rutinera, de principios del siglo pasado, ha desplegado una inteligencia clara y progresiva, bien conocida por sus frutos en lo científico, lo literario y lo industrial, y que la ha colocado a la vanguardia de las otras secciones del país, en materia de administración pública y de difusión de la instrucción popular.

La población se ha más que duplicado, llegando a ser casi la cuarta parte de la de toda la República, pues se estiman en más de un millón doscientos mil los antioqueños que habitan los dos Departamentos de Antioquia y Caldas, y los que se hallan diseminados en el territorio nacional.

La riqueza ha tomado un incremento mayor. En un opúsculo sobre el Oidor Mon y Velarde, de-

mostré, hace doce años, que la riqueza de Antioquia se había centuplicado en poco más de un siglo, merced al desarrollo de nuestro comercio, que es hoy el más próspero de Colombia; y que se acrecentará de día en día, gracias a haber sido esta la primera sección que logre cimentar su crédito en el Exterior contratando un empréstito; y a haber inaugurado ya nuestra casa de moneda, que habrá de libertarnos del billete de curso forzoso, carcoma de la riqueza pública.

Y no menos contribuyen a la prosperidad del Departamento el desarrollo industrial, que, donde, en el siglo pasado, era preciso importar hasta los comestibles, produce hoy telas, máquinas, loza, cristalería, calzado, sombreros, fósforos, cerveza, artículos de caucho, y otros más, que bastan para el consumo, y aun alcanzan para proveer a otras secciones; y los progresos de la minería y la agricultura, que nos han dotado de grandes establecimientos metalúrgicos, y de cultivos extensos y lucrativos, especialmente el del café, en que diez mil propietarios, grandes y pequeños, aprovechan los frutos de treinta millones de árboles.

En materia de vías de comunicación el progreso no es menos notorio. El rudo champán, que se arrastraba, lento y pesado, por nuestros ríos navegables, ha cedido el campo a rápidos y elegantes vapores, de compañías antioqueñas, que surcan triunfalmente el Magdalena, el bajo y el alto Cauca, el Nechí y aun el Atrato. Y el trabajo del hombre, deprimido hasta el nivel de la bestia de carga, lo hemos suprimido, mediante la construcción de excelentes caminos de ruedas y de herradura, y — lo que es mejor todavía — con una vía férrea, que con ingenieros nacionales, hemos traído desde las ciénagas del Magdalena, hasta el pie de la Cordillera Central; y pasando por encima de este obstáculo, que pronto venceremos científicamente, y arras-

trando rieles y locomotoras por entre riscos y despeñaderos, vamos continuándolo a través de valles y de sierras, con tesón inquebrantable.

Estos son grandes beneficios alcanzados con el grito de independencia lanzado por nuestros abuelos, y sin embargo hay uno que yo considero mayor, en mi ansia de nuevos triunfos para el porvenir: la formación de un pueblo uniforme en su espíritu y conforme en sus aspiraciones, condición la más esencial para el progreso de una entidad política.

De la agrupación de hombres apáticos y "bien hallados con su pobreza y desdicha" que nos describe el Oidor Mon, y que estaba formada de aristócratas orgullosos, de míseros esclavos, de indios privados de todo derecho civil, en fin, de cinco castas distintas, con intereses y aspiraciones antagónicos, la libertad y la igualdad ante la ley han formado una familia étnica, una **raza** como se dice vulgarmente, que reúne condiciones felices para el progreso y la civilización. Quiero aprovechar la ocasión de estar aquí presentes vosotros, los ilustrados representantes de todas las secciones del país, para daros a conocer en su constitución íntima esa raza, exponiendo la génesis de sus rasgos característicos, a fin de que, una vez por todas, se le perdone su originalidad étnica, al ver que es el fruto de circunstancias forzosas; pero al tener que exponer aquellos rasgos, permitidme que ceda — por decoro — la palabra a un extranjero, al Profesor Roethlisberger, traído hace algunos años para desempeñar varias cátedras en la Universidad Nacional, entre ellas la de Etnología.

Dice aquel Profesor, en su libro titulado **El Dorado**: "El Estado de Antioquia, que cuenta cerca de medio millón de habitantes, posee, en Colombia, la raza más vigorosa, más perseverante y hermosa; la cual, por leyes sociológicas, ejercerá con el tiempo una especie de hegemonía sobre las otras ramas, en

virtud de ser también la más fuerte de cuerpo y de espíritu y la de mejores constumbres. . . . Lo que distingue al antioqueño es su aversión a la pobreza, su amor a la propiedad; por eso suele no mostrarse belicoso, sino neutral, en las contiendas políticas; mas no por cobardía como algunos se lo increpan: sabe batirse con valor llegado el caso. Como la ciencia le ayuda a adelantar materialmente va con gusto a la escuela; y como es inteligente, su cultura mental sobrepasa la de la mayor parte de los habitantes de los otros Estados. En la Universidad Nacional casi todos los mejores talentos procedían de esta raza. El antioqueño es laborioso y frugal por añadidura. . . . Es el yankee de estas comarcas. Viaja continuamente; y uno encuentra familias enteras que andan buscándose, a pie, un nuevo círculo para su actividad. Los hay en toda la Unión y muchos en el extranjero. . . . La vida de familia es allí ejemplar: las mujeres, muy virtuosas, viven retraídas como monjas, trabajan recio y sin tregua. . . . En su casa todo es limpio y si bién muy sencillo”.

No sería yo honrado historiador si no agregase las sombras a este cuadro halagüeño. En su ansia de enriquecer, el antioqueño es codicioso; y en su individualismo exagerado, inquieto de verse superar por otras personalidades, adolece del pesar del bien ajeno. Además, como todos los que se elevan por su propio esfuerzo, es jactancioso; mas este defecto es común a los pueblos que tienen noción de su fuerza y se creen llamados a futuros destinos. La jactancia de griegos y romanos, de españoles y franceses de los siglos dorados, y de norteamericanos y chilenos de la actualidad, es proverbial.

Ante todo es preciso estudiar cómo, con elementos de las tres razas fundamentales de la humanidad, la caucásica, la negra y la malamente llamada mongólica, ha podido formarse un tipo nuevo y uni-

forme, más que en sus rasgos físicos, en sus caracteres morales e intelectuales.

Por una selección bien natural, la mayor parte de los españoles que vinieron a Antioquia procedían de las provincias montañosas del Norte de España, gente intrépida, frugal, laboriosa y honrada, que de hecho quedó aclimatada en este macizo de montañas; donde halló campo más amplio para acrecentar aquellas cualidades, que son como el acervo primitivo y fundamental del carácter antioqueño.

Los negros africanos aunque duramente tratados por leyes españolas, se hallaron en Antioquia en condiciones felices para asimilarse con rapidez, en sentimientos y costumbres, a sus amos. Con motivo de la pobreza de éstos, eran muy pocos los que tenían más de un pequeño número de familias de esclavos, casi siempre servidores domésticos, que vivían en la misma casa que su dueño; de suerte que los hijos de unos y otros crecían juntos, y se amaban y estimaban mutuamente.

En las labores de la minería y la agricultura, como el amo, gracias a la vida patriarcal de aquellos tiempos, trabajaba al lado del esclavo, éste no se sentía envilecido y deprimido. Por otra parte, se les permitía a los esclavos adquirir fondos propios, mediante labores extraordinarias, lo cual los hacía redoblar su actividad y aguzar su inteligencia para los negocios, a fin de tener algún medio para redimirse. De aquí el que en el curso de dos siglos los negros fuesen adquiriendo ideas y sentimientos semejantes a los de sus amos; de aquí el que, cuando se decretó la manumisión, no quisiesen muchos de ellos abandonar las casas de éstos, donde eran amados y considerados.

De la benevolencia de los blancos antioqueños para con sus esclavos tenemos pruebas notables en la historia. En pleno régimen colonial, Lorenzo de

Agudelo dio libertad a cerca de 100 negros, a pesar de que ello le costó el ser condenado a presidio por las autoridades españolas; y antes de que se expidiese la ley de manumisión — en lo cual se anticipó Antioquia al resto del país — el magnánimo sacerdote Jorge Ramón de Posada manumintió 83 esclavos, y les distribuyó gran parte de su fortuna.

En cuanto a los indios, una circunstancia que os parecerá extraña, y que es una de las verdades que he conquistado en largos años de estudios lingüísticos comparativos, hizo fácil y natural su asimilación a la raza blanca; y es que los que habitaban en las cordilleras Central y Occidental de Colombia, en la parte perteneciente a los Departamentos antioqueños y al del Valle, no eran de raza mongólica, sino blancos de los que Quatrefages llama **alófilos**. Ya podía esto sospecharse cuando los más competentes lingüistas declaraban que sus idiomas presentaban los caracteres de una lengua culta y avanzada, posteriormente decaída; ya podía considerarse como probable al ver su nariz recta o aguileña, su boca fina, sus ojos horizontales, y al considerar su carácter independiente y altivo, y su aptitud para las artes y el comercio; pero a mí me ha tocado la honra de demostrar que esas lenguas, que solemos mirar con tanto desdén, son, de todas las del mundo, las que mejor conservan las formas y las raíces del lenguaje de los hombres prehistóricos que de las costas del mar Indico llevaron la semilla de la civilización a la China, al Egipto y a la Asiria. Por eso nuestra población indígena, al cruzarse con los colonos Vascos, que tenían a su vez mucho de **alófilos**, no produjeron los tipos anómalos y desequilibrados que tales mezclas suelen engendar; sino que aquello fue como el ingerto de una planta cultivada que se hace en otra rústica, de la misma especie, para obtener productos armónicos y fecundos.

As íes como se han fundido en una misma ma-

sa elementos al parecer tan discordantes; y ayudando la influencia que ejerce el medio para asimilar a todos cuantos viven bajo su acción, y la selección institutiva que hace que cada cual busque para casarse una mujer de tipo mejor que el suyo — por lo que ha predominado extraordinariamente la raza blanca, — que es, además la más prolífica, se formó el tipo antioqueño, que, aunque muchos de sus individuos muestran mayor parentesco con una u otra de las tres razas refundidas, es ya característico, y reconocido en toda la República; y lo será más cada día, con su cuerpo alto, esbelto y musculoso, cara ovalada, nariz recta o aguileña, frente elevada, ojos grandes y vivos, cabello y barba abundantes.

La robustez del antioqueño procede de haber tenido nuestros progenitores que ganarse la vida luchando brazo a brazo con una naturaleza bravía, ya destrozando rocas, en las entrañas de los montes, y removiendo pedrejones, en los lechos de los torrentes y los ríos, para procurarse el oro; ya descujando selvas milenarias para cultivar los frutos que habían de alimentarlos.

El espíritu emprendedor, la precisión para juzgar los negocios, y la actividad infatigable, se originaron de causas múltiples. En primer lugar, como en los tiempos pasados escaseaban las grandes empresas donde el hombre pobre pudiera ganar la vida como jornalero, casi todos tenían que trabajar independientemente. Dice el señor Restrepo, en su Geografía de Antioquia, publicada en 1808, que las dos terceras partes de los habitantes eran propietarios, y que los cinco sextos del oro los producían los **mazamorreros**. Estos **mazamorreros**, que todavía existen en los territorios mineros apartados, eran hombres que con el tercio de víveres a la espalda, la batea, la barra y el almocafre en las manos, y acompañados de su familia, se internaban en los bosques

desiertos, por meses enteros, en busca de criaderos auríferos. La subsistencia de ese minúsculo empresario de industrias, y de toda su familia, dependía de su sagacidad, de su constancia y su laboriosidad; y no es de extrañar que en él y sus descendientes tales cualidades se aguzasen extraordinariamente. En iguales condiciones estaban el agricultor que talaba el monte para hacer una sementera por su exclusiva cuenta, y el llamado **rescatante**, que penetraba hasta las minas, a cambiar por oro los víveres que llevaba a la espalda. Hoy mismo son poquísimos los jornaleros que no emplean dos o tres meses del año en cultivar su huerto o hacer su pequeña roza. El sentimiento que los guía se expresa en este sabio aforismo provincial: "maíz comprado no engorda".

Pero hay otra escuela perenne de constancia y laboriosidad. Como el campesino edifica su casa sobre una colina, en busca de aire puro y hermosos horizontes, hay que traer el agua para el menaje de la honda cañada y la leña del monte de la sierra; y estas duras faenas corresponden a los niños, que han de ejecutarlas diariamente con puntualidad y valor inquebrantables, educándose desde tiernos para la ruda labor.

Por otra parte, el gran número de hijos que su moralidad y robustez daban, y dan hoy día, a nuestros montañeses, han sido y son acicate para redoblar su diligencia y sagacidad, y para desarrollar en todos los hogares el orden y la economía bien entendida, que algunos califican injustamente de avaricia.

El grande uso del crédito, por todas las clases sociales y en todas las transacciones, es también parte integrante, y muy fecunda, del carácter antioqueño. Su origen puede hallarse en lo dilatado de las dos especulaciones predominantes, la explotación de las minas y la agricultura. En las primeras el oro

se lava al cabo de un prolongado trabajo, cuando se completa lo que se llama una **barredura**; y el maíz, especialmente en las montañas frías, no rinde su fruto antes de ocho o más meses. Entre tanto es preciso que mineros y agricultores coman y vistan, con sus numerosas familias; es preciso que tengan crédito, es decir, que sean honrados, porque la honradez es el meollo del crédito.

La altiva independencia del antioqueño, que es su rasgo dominante, existía primitivamente en el carácter de los dos elementos principales que formaron la raza, el blanco y el indígena; y se ha acrecentado con el modo de vivir del montañés. Dirigid la vista a las cordilleras que encierran este valle, y las veréis sembradas, como todo el territorio del Departamento, de blancas y limpias casitas, suficientemente separadas unas de otras, y que parecen mirar con recelo a la ciudad; es que el montañés huye de la vida gregaria. Aislado en su casa propia, entre el pegujal que, cultivado por sus brazos, le da cuanto necesita, y el pequeño prado, donde pace la vaça mansa y familiar que sustenta a sus hijuelos, a quienes educa a su gusto, sin intromisión ajena, para el trabajo y la virtud, ayudado de su mujer propia, de nadie codiciada, es un verdadero soberano, más libre y más feliz que los monarcas europeos; es el conde altivo de un país republicano, que no rinde parias sino a Dios y a la ley.

Ese es el conquistador antioqueño, temible, solamente para las selvas vírgenes y las montañas que ocultan codiciosas el preciado metal. Insigne descuajador de bosques, en el curso de un siglo ha convertido millón y medio de hectáreas de montes inviolados, que sus vecinos desdeñaban, en campos cultivados, sembrados de prósperas ciudades e industrias florecientes; y avanzando pacíficamente por las cordilleras que hacia el Norte y el Sur se desprenden de su cuna primitiva, va edificando con

su ejemplo a los hermanos de otros Departamentos, confundiendo con la de ellos su sangre inquieta y ambiciosa, y estimulándolos para el trabajo y el progreso.

Yo bendigo la hora en que el grito de Independencia creó las condiciones en que su actividad podía ejercitarse, y abrió el suelo de la República a su éxodo civilizador.

Medellín, 11 de Agosto de 1913.

TULIO OSPINA